

bestias fieras del monte, para que él tomase leche. Viendo esto aquellos caballeros, quedaron pasmados de semejante maravilla, y dejando la cena, huyeron á los pies de Mamete. Entonces les dijo el Santo que no temiesen, y que él era el que ellos buscaban. Partiósese pues de ellos, y dijoles que volviesen á su señor, porque él sería allí luego. Fuéronse los caballeros á Cesarea, no dudando de la palabra del siervo de Dios, y Mamete entró en el monte, donde mandó (segun dice Surio) á un leon, que despues que él habria caminado un estadio, bajase corriendo á las gentiles y judíos que blasfemaban de Jesucristo nuestro Señor, y les matase. Hecha esta diligencia, bajó del monte, y fué á Cesarea de Capadocia, donde los caballeros le estaban aguardando al entrar de la ciudad. Fué pues llevado por ellos delante del presidente, quien le preguntó, si era él el encantador que obraba tantas maravillas con arte del demonio. Respondió el Santo, que él era siervo de Jesucristo, que á los que creen en él y hacen su voluntad, salva, y á los idólatras y encantadores echa al infierno. Pidióle también por qué le habia llamado. Yo, dijo el presidente, te he llamado porque no puedo sufrir que vivas en compañía de bestias en el desierto, y que les mandes con tus encantamientos como si tuvieran entendimiento. — Mas quiero vivir, dijo S. Mamete, en compañía de bestias fieras que no con vosotros; porque ellas aunque no tengan juicio, sabea reverenciar al Criador del cielo y tierra, y honrar á sus siervos, y vosotros no.

Entonces mandó Alejandro atormentarle, y él con gran paciencia esperaba del cielo consolacion. Instando Alejandro que le arañasen ó atormentasen, oyóse una voz del cielo, que le quitó gran parte del dolor, y le hizo hábil para sufrir todos los tormentos que se le ofreciesen. Esta voz oyeron muchos de los fieles y quedaron mas constantes en la fe. Viendo el tirano que Mamete no hacia caso de las uñas de hierro con que le atormentaban, mandó encender un horno para echarle en él. Pero por estar él ocupado en otros negocios, echaron á Mamete en una cárcel, donde halló cuarenta cristianos, y les libró á todos de las cárceles, abriéndolas con sola su oracion, y dándoles licencia que se fuesen. Pero quedóse él solo en la cárcel esforzado por la presencia de un ángel para sufrir nuevos trabajos y tormentos. Viendo despues el presidente la constancia del mártir mandó echarle en un horno ardiendo. Hízose lo que mandaba. Pero quedóse el siervo de Dios en medio de las llamas tres dias, como si estuviera en un prado hermoso y muy florecido. Mandó el tirano á sus ministros que fuesen á ver el mártir: fueron, y hallaronle alabando al Señor. El juez atribuía todo esto á encantamientos;

mas el pueblo lo tenia por milagro, como era razon. Despues mandó el tirano echarle á las fieras bestias y ellas se le humillaron. Pero vino un leon del bosque, y entrando en el teatro mató á muchos gentiles, y (segun dice el obispo Equilino) habló el mismo leon, como la asna de Balaan, y dijo que por las injurias que hacian á Mamete, habia muerto tantos de ellos. Y viendo esto muchos de los gentiles alababan al Dios que él predicaba, y el leon se echó á los pies del mártir con mucha mansedumbre. Despues el presidente dispuso que un criado, con cierto instrumento que tenia preparado le sacase las entrañas. Hízolo el sayon, y sacándole los intestinos, el mártir se fué de la ciudad llevándolos en las manos; y llegado que hubo á una cueva, á dos estadios de Cesarea, oyendo una voz del cielo que le llamaba, dió el espíritu á su Criador.

Sozomeno y S. Gregorio Nacianceno nos informan de que siendo educados en Cesarea Juliano el Apóstata, y su hermano Galo, se divertian cuando niños en edificar iglesitas á los mártires, y especialmente á cierto S. Mamas; y que todos los dias al paso que las que Galo hacia iban adelantando siempre, las de Juliano se arruinaban cada momento.

En la iglesia parroquial de Corrodemunt, del obispado de Barcelona, tienen por patron á S. Mamas ó S. Mamete, y por su intercesion poderosísima han obtenido de Dios singulares mercedes y beneficios. (*Domeneec.*)

SAN LIBERATO, ABAD, Y SEIS MONGES MÁRTIRES.

HUNERICO, vándalo rey arriano del Africa, en el séptimo año de su reinado publicó nuevos edictos contra los católicos, y mandó que se demoliesen en todos sus dominios los monasterios. Siete monges que vivian en uno cerca de Capsa, en la provincia de Bizacena, fueron citados en aquel tiempo á Cartago. Sus nombres eran: Liberato, el abad, Bonifacio diácono, Servo y Rústico subdiáconos, Rogato, Séptimo y Máximo, monges. Primero les tentaron con promesas, pero respondieron: « Una fe, un Señor, y un Bautismo. » Como permaneciesen pues constantes en la fe de la Trinidad, y de un bautismo, fueron cargados de hierros y metidos en un oscuro calabozo. Habiendo ganado á sus guardas los fieles de aquella ciudad entraban á visitarles, y á recibir sus instrucciones, y se animaban reciprocamente unos á otros á recibir la muerte por Jesucristo. Informado de todo esto el rey, mandó que los encerrasen con mas reserva y custodia, les cargó de cadenas mas pesadas y les atormentó con invencio-

nes de crueldad hasta entonces inauditas. Poco despues mandó ponerles en un bajel viejo, y poniéndole fuego hacerles á alta mar. Los mártires iban regocijados hácia las playas, y despreciando las injurias y baldones de los arrianos que les insultaban segun iban pasando. Muchas diligencias hicieron los mismos ejecutores por ganar á Máximo, que era el mas jóven; mas Dios que hace elocuentes las lenguas de los infantes en alabanza de su santo nombre, les dió fuerzas, y rechazando todos los contrarios esfuerzos, les respondió animosamente Máximo, que jamás se separaria de su santo abad, ni de sus hermanos, con quienes habia pasado una vida penitencial por la gloria eterna. Un barco viejo fué lleno de ramas secas, y los siete mártires puestos á bordo y atados á los palos; mas habiéndole aplicado fuego diferentes veces, se apagaba inmediatamente, y todas las diligencias por quemarles eran en vano. El tirano mandó entonces que les saltasen los sesos con los remos; y así fué ejecutado, arrojando despues sus cuerpos al mar, siendo costumbre todo lo contrario en aquellas costas, pues los que hallaban muertos en él les sacaban á la orilla. Los católicos les enterraron solemnemente, y con cantos de salmos, en el monasterio de Bigua, cerca de la iglesia de S. Celerino. Padecieron el martirio en el año de 483.

La misa es en honor de S. Roque, y la oracion la que sigue:

Todopoderoso y sempiterno Dios, que por los méritos y por la intercesion del bienaventurado Roque, tu confesor, hiciste cesar una peste general que desolaba á todo el género humano; dignate conceder á nuestros ruegos, que todos aquellos, que llenos de confian-

za en tu misericordia te suplicaren los preserves de semejante azote, sean libres por la intercesion de tu glorioso confesor, así de esta enfermedad, como de todo lo que pueda turbar su quietud. Por nuestro Señor Jesucristo.

La Epístola es del capitulo 4 del libro de la Sabiduria.

El justo si muriere antes de tiempo encontrará descanso. Porque la senectud venerable no consiste en larga duracion, ni se computa por el número de los años; sino que la cordura del hombre es la que forma

la verdadera senectud, y esta edad se encuentra en la vida sin mancha. Porque agradó á Dios fué amado de él, y porque estaba viviendo entre pecadores fué trasladado á otra parte: fué arrebatado para que

la malicia no alterase su espíritu, ó la seduccion no engañase su alma. Habiendo vivido poco, llenó una edad larga, porque su alma era agradable á Dios, por lo cual se dió pri-

sa á sacarle de en medio de las iniquidades; porque la gracia y misericordia de Dios se manifiestan con sus Santos, y sus cuidados con sus elegidos.

REFLEXIONES.

Aunque el justo muera con una muerte anticipada, se hallará en reposo. La esperiencia enseña frecuentemente que los justos son retirados de este mundo en lo mas florido de su edad. Muchas veces es efecto de la bondad de Dios que los quiere sacar de los males ó peligros de esta vida. Pero de cualquiera modo y en cualquiera tiempo que ponga fin á su carrera, no se debe reputar su muerte por desgracia, puesto que le coloca Dios en un lugar de paz y de sosiego. Librale de un lugar de destierro, de una region de llantos, de una estancia triste y tumultuosa; en que las tempestades son tan frecuentes, los escollos tan multiplicados, y tan comunes los naufragios. Solo por una especie de encanto se puede vivir con gusto en un pais donde todo nos es contrario; en una tierra que solo lleva abrojos y espinas, donde los mas dichosos son aquellos que mejor poseen el arte de atolondrarse y por decirlo así, el adormecer y confundir sus desasosiegos y sus pesadumbres entre el ruido y el estruendo. El nacimiento ilustre, la fortuna brillante, los empleos sobresalientes, las prosperidades engañosas, todo esto puede embriagarnos; pero nada de esto es capaz de hacernos verdaderamente dichosos y felices. Todas esas plantas solo producen unas flores por la mañana muy lozanas, pero que á breves horas se marchitan; y si dan algun fruto, ¡qué raro es el que no sea muy amargo, y de poca duracion! Basta una fiebre, un dolor, un catarro, un revés de fortuna, un accidente para trastornarlo todo, para arruinarlo todo, y para desvanecerlo todo. ¿Qué edad, qué salud, qué condicion hay exenta de estos fatales accidentes? Esta es la caridad, este es el mérito de la tierra que pisamos. ¡Mi Dios, y de cuántos males nos libra la muerte de los justos! Y si nosotros lo fuéramos; es decir, si fuéramos verdaderamente santos, ¡qué objeto tan halagüeño y tan gozoso seria tambien para nosotros! El mas perfecto modelo de una muerte preciosa fué la de la santísima Virgen. No solo murió en la caridad, que eso es comun á todos los santos; no solo por la caridad, que eso es propio de los mártires, de quien es reina, sino á manos de la misma ca-

ridad y del puro amor de Dios. La muerte de los santos es preciosa por el mérito de su vida y de su inocencia, en que consiste todo su precio y toda su estimacion. ¿Pues qué vida mas pura, mas llena de merecimientos que la de la santísima Virgen? No consiste la felicidad de la muerte en morir entre la pompa y el fausto, sino en morir en gracia de Dios; no entre abundancia de bienes, sino con multitud de virtudes, que son los verdaderos tesoros; no rodeado de criados, sino cercado de ángeles. Tal fué la muerte de la santísima Virgen. Llena de gracia desde el primer instante de su aurora; ¿qué tesoros no aumentaria en el último momento de su brillante dia? En ninguno de su vida dejó de multiplicar y doblar los infinitos tesoros de sus merecimientos; ¡pues cuan preciosa seria su santísima muerte!

El Evangelio es del cap. 9 y 10 de S. Mateo.

En aquel tiempo, andaba Jesús por todas las ciudades y castillos, enseñando en sus sinagogas y predicando el Evangelio del reino, y curando toda dolencia, y toda enfermedad. Y viendo las turbas, tuvo compasión de ellas, porque padecían vejacion, y estaban dispersas como ovejas sin pastor. Entonces dijo á sus discipulos: La mies á la verdad es copiosa; pero los obreros son pocos. Suplicad, pues, al Señor de la mies que envíe obreros á su mies. Y yendo, predicad, y decid: El reino de los cielos está cercano. Curad los enfermos, resucitad los muertos, limpiad á los leprosos. He aquí que yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas.

MEDITACION.

Que la verdadera devocion á la santísima Virgen es señal de predestinacion.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no hay en la vida deseo mas justo, ni esperanza de mayor consuelo, que el deseo y la esperanza de ser del número de los escogidos de Dios. Todos esos bellos asomos de fortuna, todas esas risueñas y floridas entradas á los honores y á las conveniencias del mundo, podrán muy bien lisonjear un jóven corazon; mas nunca podrán satisfacerle ni llenarle. Esta eternidad, esta eternidad viene siempre á turbar, á atemorizar el tiempo. Bien puede uno estar contento con lo que tiene, y con lo que es; pero siempre le tendrá inquieto,

y con razon, el pensamiento de lo que será. Es grande, es poderoso, le sobran conveniencias, está rico; pero es muy corta la duracion de esta superficial, de esta imaginaria felicidad. Un puñado de dias que á cada momento se van disminuyendo, nos hace justamente temer aquella eternidad que se ha de seguir á ellos; ¿y quién sabe cual será esa espantosa eternidad? ¿Seré yo del número de los predestinados? ¿estaré contado entre el de los réprobos? Esto es lo que no sé, y esto es lo que me espanta. Prosperidades y desgracias, riquezas y pobreza, á todo esto se puede seguir una desdichada, una infeliz eternidad. ¡O qué dichosos seríamos, qué consolados viviríamos si pudiéramos lograr un presagio seguro de una eternidad feliz! Pues yo te daré uno poco dudoso; ten una devocion verdadera, una devocion tierna, una devocion constante con la santísima Virgen, y serénate sobre tu futura suerte, sobre tu eterno destino. No lograrás señal mas segura de tu salvacion que esta verdadera devocion. San Agustín llama á la santísima Virgen única esperanza de los pecadores: *Spes unica peccatorum*. Suplicala que le consiga todos los auxilios necesarios para salvarse; y protesta que por ella espera el perdon de sus pecados, y el premio de sus buenas obras (*Serm. 18 de Sanct.*): *Per te speramus veniam delictorum, et in te, beatissima, nostrorum est expectatio præmiorum*. Toda la gracia de la salvacion, dice Sto. Tomás, será en Maria, porque recibió la plenitud de ella, y es como el canal por donde se deriva á nosotros: *In me omnis gratia vitæ*. Toda la esperanza de la vida está en Maria, porque la conseguimos por su poderosa intercesion. Por eso dice ella misma: en mí está toda la esperanza de la vida y de la virtud: *Et ideo dicit ipsa: in me omnis spes vitæ et virtutis*. Pues ahora, ¿en favor de quién empleará su valimiento esta Madre de misericordia? ¿en favor de quién derramará sus piedades, sino en beneficio de sus fieles siervos y de sus verdaderos devotos? No creas que sean indiferentes esos afectuosos movimientos de ternura y de devocion que sientes hácia la santísima Virgen; es una gracia especial que hace Dios á los que prevé que algun dia le han de gozar en la gloria, inspirándoles amor y confianza en aquella Señora, por cuyo medio han de conseguir la gracia de merecerla.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que desde los apóstoles acá no ha habido santo que no haya profesado esta tierna devocion á la Madre de Dios. S. Bernardino de Sena, esponento aquellas palabras que dijo Cristo á S. Juan desde la cruz: *Esa es tu Madre*; y á la santísima Virgen: *Ves ahí á tu Hijo*; dice que S. Juan re-

presentaba entonces á todos los escogidos, y la Virgen á toda la Iglesia. S. Agustin es de opinion, que cuando David hace á Dios aquella oracion: *Salvum fac filium ancillæ tuæ*: Salva, Señor, al hijo de tu esclava; muestra en ella la dicha que gozan los hijos de Maria; y cuando añade en otra parte: *Yo soy tu siervo, y soy hijo de tu esclava: Ego servus tuus, et filius ancillæ tuæ*; es como si dijera: en este solo título fundo mi esperanza de que me habeis de otorgar la gracia de la salvacion. Prenda segura de ella llama S. Juan Damasceno á la santísima Virgen. Profesaros á vos, ó bienaventurada Virgen, esclama el Santo, una singular devocion, es lo mismo que tener aquellas armas defensivas que Dios pone en las manos de los que quiere salvar. Si por cierto, continua el mismo Santo; yo me salvaré como ponga en vos mi confianza. Toda la esperanza, toda la gracia y toda la salvacion á que aspiramos, dice S. Bernardo, estemos persuadidos á que se nos concederá por intercesion de Maria. En sus manos están todos los tesoros de las misericordias del Señor; dice S. Pedro Damiano; ¿pues qué motivos no tienen para confiar todos los que son sus favorecidos y la aman? Esto movió á S. German y á otros santos padres á decir, que no parecia posible que pereciese para siempre un verdadero devoto de la Virgen; ó ha de dejar su devocion, ó se ha de convertir. Asegura S. Pablo, que todos los predestinados han de ser semejantes á Cristo; y por consiguiente, hijos adoptivos de Maria, como el Salvador lo fué por naturaleza. Estimó tanto Cristo esta cualidad, que las mas veces solo se llamaba á sí mismo el Hijo del Hombre; esto es, el hijo de Maria. Con efecto, infiere S. Ambrosie, si el Salvador se dignó llamarse hermano de los creyentes, luego es mucha verdad que Maria es madre de los verdaderos fieles: *Si Christus credentium est frater, cur non ipsa quæ genuit Christum, credentium est mater?* ¿Pues se podrá creer que esta madre de la verdadera caridad deje perecer á ninguno de sus hijos? Así pues, ¿qué muestra mas visible de predestinacion, que profesar un tierno amor á esta divina Madre? Por tanto, nunca se ha visto cristiano alguno que haya perseverado constante en esta verdadera devocion, que no haya muerto con muchas señales de predestinado. Al contrario; ¿qué hereje hubo jamás que no tuviese dentro de su corazon cierta levadura de tedio, y aun de aversion á la santísima Virgen? Arrianos, nestorianos, eutiquianos, pelagianos, calvinistas, luteranos; todos los que en estos últimos tiempos se han separado de la Iglesia; todos los que siguen opiniones contrarias á la fe; todos son declarados enemigos de la devocion con la santísima Virgen; todos se burlan

de los elogios que se la aplican, y de los cultos que se la tributan. Frialdad mortal, aversion impia, indiferencia fatal, presagio poco dudoso, señal cierta de eterna reprobacion. Dignaos, ó Madre de misericordia, de ser siempre mi querida madre; pues yo protesto en este dia, á presencia del cielo y de la tierra, que quiero ser eternamente vuestro fiel siervo, y vuestro devotísimo hijo. No hay título mas honroso, ni mas estimable para mí. Si, Virgen santa; toda mi vida haré profesion de estar dedicado á tu servicio, de llevar tu librea, de ser contado en el número de tus devotos. Alcanzadme la gracia de que cada dia te ame mas y mas.

JACULATORIAS. — Mostraos siempre, Señora, amorosa madre mia. (*Ecclesia.*)

Maria, madre de gracia, madre de misericordia, libranos del enemigo, y á la hora de la muerte recibenos en tus manos. (*Ecclesia.*)

PROPOSITOS.

1 Despues que los mayores hombres de nuestra religion agotaron todo su caudal en celebrar las grandezas de Maria; despues que perdieron la esperanza de encontrar voces proporcionadas para explicar la sublimidad de su estado; despues que un S. Agustin, en nombre de todos, confesó su insuficiencia, y altamente protestó que le faltaban espresiones para tributar á la Madre de Dios las debidas alabanzas: *Quibus te laudibus esseram nescio*; se hallan todavia espíritus tan arrogantes y corazonés tan impíos que desaprueban y censuran el zelo que anima á los verdaderos fieles para exaltar incesantemente á la que jamás se la puede alabar tanto como merece. ¿Quién no creará que esta falsa delicadeza es una señal de reprobacion? Por lo que á tí toca practica todo lo contrario. Dedicatete enteramente al servicio de la santísima Virgen, y haz cristiana vanidad de parecerlo; en ninguna cosa podrás agradar mas al Hijo, que en hacer la corte á su Madre. Busca con ansiosa diligencia todos los libros que promueven la devocion á la santísima Virgen; inspírala tú mismo á todos tus dependientes, y á cuantos están á tu cargo; habla siempre de la devocion á esta Señora, y habla en términos que muestren está tu corazon embebido y penetrado de ella. Este zelo, esta ansia y este ardor es una gran señal de predestinacion.

2 La multitud de fiestas instituidas en honor de la santísima

Virgen; el infinito número de templos y de altares dedicados á Dios debajo de su nombre; tantas devociones admitidas y aprobadas por la Iglesia para conservar y para fomentar nuestro filial amor á la Madre de Dios; todo esto debe despertar y debe avivar nuestro fervor y nuestro zelo. Si tienes en tu casa alguna capilla ú oratorio, dedícasele á la Virgen. Sean sus imágenes el adorno de tu cuarto y de tus salas. Coloca alguna de ellas ó á la cabecera, ó á vista de tu cama. Es devoción santa y provechosa saludar á la santísima Virgen siempre que se ve alguna imagen suya. Todas sus fiestas las has de celebrar con singular devoción; y esta devoción la has de hacer mas solemne por medio de alguna limosna. El sábado es aquel dia de la semana que consagra singularmente la Iglesia al culto de esta Señora; solemnízale tú tambien con alguna devoción particular. Entre los verdaderos devotos de la Virgen son pocos los que no ayunen los sábados, á ejemplo de los santos, ó que no vayan á oír misa, ó á hacer oración en la iglesia, donde es particularmente venerada. La perseverancia en estos piadosos ejercicios es señal de predestinación.

DIA XVIII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN AGAPITO, mártir, en Palestrina, que siendo de quince años era tan fervoroso en amar á Jesucristo, que prendiéndolo por mandato del emperador Aureliano, primero fué azotado por largo tiempo con crudos nervios y despues, por mandato del presidente Antíoco, padeció otros mas crueles tormentos: por último el mismo emperador lo mandó arrojar á los leones, de los cuales no habiendo recibido daño alguno, degollado por los ministros alcanzó la corona. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

LOS SANTOS JUAN Y CRISPO, presbíteros, en Roma; los cuales en la persecucion de Diocleciano con gran caridad dieron sepultura á los cuerpos de muchos santos, por cuyos méritos consiguieron poco despues acompañarles en los gozos de la vida eterna.

LOS SANTOS MÁRTIRES HERMAS, SERAPION Y POLIENO, allí mismo; los cuales arrastrados por estrechuras, pedregales y otros lugares ásperos, entregaron á Dios sus almas.

LOS SANTOS MÁRTIRES FLORO Y LAURO, canteros, en la Esclavonia; los cuales siendo martirizados sus maestros Próculo y Máximo por mandato del presidente Licion, despues de diversos tormentos fueron echados en un pozo muy hondo. (Estos santos parece que eran hermanos, y habiéndoles sido encomendada por la emperatriz Elpidia la construcción de un templo dedicado á los dioses, distribuian á los pobres